

Aproximación al debate histórico Postdictadura en Chile: la Unidad Popular a 50 años del Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973

ELÍAS GABRIEL SÁNCHEZ GONZÁLEZ

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA, ARGENTINA

MIGUEL GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA, CHILE

ABSTRACT

This paper seeks to approach the historiographical narrative that holds the Chilean left responsible for the institutional breakdown that ended in the military dictatorship led by Augusto Pinochet. It analyzes the arguments that, during the post-dictatorship, seek to justify or relativize representations of the past that criminalize, shame and dehumanize the identity pillars of the Chilean left. In this way, we will explore the dissemination and representation of common senses that aim to see the actions of the left as a "cause" and the military irruption as a "consequence".

Keywords: Popular Unity; coup d'état; military dictatorship; memories; recent history.

Este trabajo busca aproximarse al relato historiográfico que responsabiliza a la izquierda chilena del quiebre institucional que terminó en la dictadura militar que lideró Augusto Pinochet. Se analizan los argumentos, que, durante la postdictadura, buscan justificar o relativizar representaciones del pasado que criminalizan, avergüenzan y deshumanizan los pilares identitarios de la izquierda chilena. Así, incursionaremos en la difusión y representación de sentidos comunes que apuntan a ver las acciones de la izquierda como "causa" y la irrupción militar como "consecuencia".

Palabras clave: Unidad Popular; golpe de estado; dictadura militar; memorias; historia reciente.

Introducción

Existe un sector que ha tendido a manipular y acomodar la verdad pública sobre el último medio siglo de la historia de Chile, a objeto de justificar determinados hechos, magnificar ciertos resultados y acallar otros; casi siempre, con el afán de legitimar algo que difícilmente es legitimable y tornar verdadero u objetivo lo que no lo es, o es sólo la autoimagen de algunos grupos.

“Manifiesto de Historiadores” (Grez y Salazar 1999, 7)

En el año 2018, Mauricio Rojas, Ministro de Cultura del gobierno de Sebastián Piñera (2018-2022), calificó la historia que relata el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos como un “montaje”, lo que hizo cobrar relevancia a las organizaciones de derechos humanos y del mundo de la cultura (sindicato de actores y actrices, músicos y poetas como Raúl Zurita), que exigieron, por medio de una serie de movilizaciones, la remoción de su cargo¹. Este hecho no es aislado, desde hace varios años que la relativización y la “heroización” de los criminales de la Cárcel de Punta Peuco (militares acusados y sentenciados por crímenes ocurridos durante la dictadura militar), se ha tomado la escena política.

En este sentido, los conflictos por las memorias en Chile son testimonio de una sociedad fracturada debido a la serie de acontecimientos traumáticos que abrió la dictadura militar, durante la década de 1970 y 1980. Fracturas y polarizaciones que siguen incidiendo en el contexto actual, ya que, de una u otra forma, el sentido de lo acontecido y las memorias que giran en torno a las distintas imágenes-recuerdo, influyen en los debates públicos y dan cuenta de las disputas memoriales por el significado de ese pasado/presente (Jelin 2002).

Hoy por hoy, Chile se encuentra viviendo un proceso constitucional, inaugurado por un Estallido Social ocurrido el 18 de octubre de 2019. Acontecimiento que puso en tela de juicio el entramado constitucional emanado y heredado de la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990), asimismo, las escenas de violencia estatal se repitieron (Sánchez 2020), reviviendo imágenes y situaciones que se habían sufrido durante la dictadura militar (1973-1990) y que se creían superadas. Fue así que, distintos grafitis y murales expresaron en el espacio público esta deuda y conexión del presente con el pasado (ver Fig. I). Todos estos elementos de la política contingente hicieron estallar las memorias a 50 años del Golpe de Estado, donde el discurso nacionalista conservador activó los relatos justificadores de la violencia estatal y de paso, volvió a relativizar las violaciones a los derechos humanos, del *pasado* y del *presente*.

¹ Ver: <https://www.24horas.cl/nacional/comision-chilena-de-derechos-humanos-exige-remocion-inmediata-de-ministro-mauricio-rojas-2790033>. BBC: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-45176804>



Fig. I: "1973-2019"²

Hechos y situaciones, que dan cuenta que a 50 años del Golpe aún se sigue responsabilizando a la izquierda del quiebre institucional, a través de la difusión de sentidos comunes³ que culpan a las víctimas del Terrorismo de Estado de avalar la violencia como vía política.

En este trabajo, nos aproximaremos al debate historiográfico y memorial que define al conglomerado de izquierda, tanto a sus dirigentes políticos como a su base social, de ser los responsables de la violencia política y causa exclusiva del Golpe y la Dictadura Militar, produciendo un efecto de demonización y deshumanización de los sobrevivientes de esa historia. Para ello, a propósito del caso uruguayo y su experiencia de dictadura militar (1973-1985), se reflexiona en torno a los discursos que tendieron a justificar las acciones políticas de la derecha. En ese sentido, observamos el debate historiográfico sobre el Golpe de Estado en tiempos de postdictadura (1990-2023), sobre todo el "Manifiesto de Historiadores" a propósito de la detención de Augusto Pinochet en Londres, en 1998. Finalmente, se presentan dos producciones cinematográficas: "El Diario de Agustín" (2008), de Ignacio Agüero y Fernando Villagrán y "¡Matar a Altamirano!" (2023), de Juan Altamirano. Ambas producciones son testimonio de la posibilidad de observancia y movilidad, que el cine-documental logra al trabajar pasados difíciles, transformando a estas apuestas, en palabras de María Eugenia Horvitz, "[...] en

² Fotografía tomada por los autores en el edificio de Movistar en Bustamante con Av. Providencia a un costado de la estación del Metro de Santiago "Baquedano".

³ Según David Harvey: "[...] Lo que Gramsci llama «sentido común» (definido como «el sentido poseído en común») es lo que, de manera característica, cimienta el consentimiento. El sentido común se construye a partir de prácticas asentadas en el tiempo de socialización cultural a menudo hondamente enraizadas [...] Por lo tanto, el sentido común puede engañar, ofuscar, o encubrir profundamente problemas reales bajo prejuicios culturales" (Harvey 2005, 47).

una contrahistoria que visibiliza a los vencidos, los perseguidos, los excluidos” (2014, 109), impidiendo la “petrificación del pasado” (2014, 110).

Ambas apuestas, tanto la historiográfica como la del cine-documental, se han convertido –parafraseando a Yosef Yerushalmi (1989)– en interpeladores de “la mentira deliberada por deformación de fuentes y archivos” y “de la invención de pasados recompuestos”, que en cada conmemoración del 11 de septiembre de 1973, explota a partir de las nuevas aristas (documentos y testimonios) de ese pasado difícil, permitiendo reconstruir y recrear éste ciclo histórico, que por largo tiempo estuvo silenciado, hasta que el pasado explotó con la detención de Augusto Pinochet en Londres, iniciando la batalla por la memoria en Chile que ya lleva bastantes capítulos abiertos y en disputa, pese a que han pasado 50 años del Golpe de Estado.

11 de septiembre de 1973: un día interminable en la historiografía chilena

[...] la dominación, como hemos visto, no se limita a la coacción física. Hasta el tirano necesita un retórico, un sofista, para proporcionar un intermediario a su empresa de seducción y de intimidación (Ricoeur 2010, 115)

Para comenzar, daremos cuenta de un debate donde la historia contada coincide con la vivida (Franco y Levín 2007). Nos referimos a ese “día interminable” que es el 11 de septiembre de 1973 (Polomer 2002). Aquel día que parece absorber todo el *antes* y el *después*, abrió una nueva temporalidad: *un bucle*; que sigue determinando los apasionados debates políticos sobre las causas y las consecuencias del ciclo histórico abierto con el gobierno demócrata cristiano en 1964, la experiencia de la Unidad Popular entre 1970-1973 (en adelante UP), y, por último, la Dictadura Militar y la Postdictadura (1973-2023).

Varias fuerzas historiográficas, se disputaron la representación de la historia nacional en un contexto democrático (previo a la intervención militar de 1973), no obstante, el Golpe de Estado produjo un relato hegemónico que ha marcado, desde entonces, los debates políticos en la disciplina, siendo uno de sus cultores el historiador Gonzalo Vial Correa (1930-2009). Historiador prolijo en sus estudios de historia colonial y del Chile decimonónico, sin embargo, se convirtió en un prominente detractor de la UP que lideró Salvador Allende Gossens, además de un acérrimo colaborador y justificador del régimen militar, Ministro de Educación de este, Profesor universitario y columnista de periódicos nacionales como *La Segunda* (Vial 2005).

Se le conoce por haber escrito el “Libro blanco del cambio de gobierno en Chile” (1973) de la Dictadura y relativizar la participación de EE.UU., a través de sus agencias de inteligencia, en la desestabilización del gobierno de la UP (ver Vial 1986; 2006):

Entre 1973, año en que fue publicado el Libro Blanco, y el año 2008, Gonzalo Vial escribió una docena de libros y varios artículos académicos sobre la Unidad Popular, (...). El objetivo último de los planteamientos de Vial en su producción historiográfica era el de legitimar el relato justificativo del golpe de Estado de 1973. En otras palabras, lejos de desdecirse de aquellos esfuerzos tempranos de instrumentalización de la historia para fines contingentes, Vial basó buena parte de su trabajo historiográfico y político posterior en las mismas tesis que presentaban a la dictadura como una necesidad histórica que, por añadidura, habría venido a salvar a la nación de una decadencia continua que se habría verificado desde finales del siglo XIX, con el gobierno de la UP como su momento culmine. (Casals y Villar 2022, 3)

Como sostienen Casals y Villar (2022), este historiador conservador (le molestó constantemente que lo llamaran de ese modo⁴) construyó principios bajos los cuales se sustentó la interpretación histórica emanada de la dictadura, vale decir, la “decadencia de la nación y sus valores” producto de ideas foráneas (marxismo-leninismo o guevarismo), la polarización y ruptura de los consensos políticos, la crisis económica, moral y social que “empujó” a las Fuerzas Armadas a intervenir para “evitar” una guerra civil:

La última cuestión que es necesario abordar podría formularse así: ¿Por qué intervinieron las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre de 1973 y pusieron fin a la pequeña crisis y a la gran crisis... a la pequeña crisis, gravísima, de la ingobernabilidad de la Unidad Popular; y a la gran crisis, de la cual la primera formaba parte, crisis de la nacionalidad chilena más que de la sociedad chilena, ¿que había comenzado en los años 50 y cuyo último capítulo fue justamente el régimen de la UP? Estas dos crisis, la grande y la pequeña, terminaron el 11 de septiembre de 1973, por una acción dolorosa de las Fuerzas Armadas, que prescindieron de los civiles y aplicaron su propia solución. Buena o mala, ése es otro tema, pero ambas crisis terminaron. (Vial 2005, 153)

El tipo de corriente historiográfica que sustenta las tesis de Vial, tuvo dos grandes promotores, por un lado, la obra de Jaime Eyzaguirre (1908-1968), del cual fue discípulo, y, por el otro lado, la de Mario Góngora (1915-1985). Vale decir, en primer lugar, una vertiente conservadora, autoritaria, hispanista y católica, bajo la

⁴ Así lo manifestó Vial, en un debate historiográfico entre 1984 y 1986 con el historiador Cristián Gazmuri: “¿Qué es un historiador conservador? (...) Cristian Gazmuri se había referido a varios historiadores, entre ellos a mí, como "conservadores". Manifesté, ante esto, que lo que hacía o no hacía de una persona "un conservador", era para mí un "misterio impenetrable", y que, mientras tal misterio no se aclarase, consideraría el término o calificación de "conservador" como "una simple etiqueta, sin significado científico alguno" (Vial 1986, 242).

cual se educaron historiadores como Gonzalo Vial Correa y el gremialista Jaime Guzmán Errazuriz (1946-1991), ambos colaboradores civiles del régimen militar. En segundo lugar, una vertiente nacionalista laica, más estructuralista, con Mario Góngora como protagonista. Sin embargo, la primera fue la que colaboró activamente en construir el entramado histórico que justificó y alentó el Golpe de Estado y la dictadura militar en Chile. Historiografía que, además, es profundamente anti-comunista, con una admiración desbocada por la cultura hispana “y su labor colonizadora en Chile” (Moulian 1999, 45). Por lo mismo, este tipo de historiografía defiende una cultura cristiana occidental como pilar identitario de la “chilenidad”:

Sus cultores y seguidores son Bernardino Bravo, Javier González Echeñique, Horacio Aránguiz, Adolfo Ibáñez, entre otros. Entre esta escuela y la conservadora nacionalista hay predominio de la hispanista, porque la nacionalista con la desaparición de Mario Góngora prácticamente no dejó seguidores de importancia. Cuando decimos conservadora no lo hacemos en sentido peyorativo ni de descalificación, sino pensando que las vertientes conservadoras tienen mayor dificultad para entender los cambios y las contradicciones, como también la profunda laicización a que ha estado sometida la sociedad durante el siglo XX. (Moulian 1999, 53-54)

La otra vertiente historiográfica que se presentó como alternativa a la visión conservadora, fue la marxista clásica, además de una estructuralista, influenciada por la Escuela de los Annales (1950-1973). Esta vertiente se presentó dentro de la escena académica y político militante; según Julio Pinto, como “instrumento de cambio”, lo que significó: “[...] levantar una lectura contrahegemónica de la experiencia histórica nacional, y que ni los rigores de la dictadura militar serían capaces de erradicar” (Pinto 2016, 35). Consideramos importante resaltar el aporte que la vertiente contrahegemónica de la historiografía nacional logró, no solo por la disputa que realizó del relato histórico de la Nación entre 1950 y 1973, sino que también por la postura posterior que la historiografía contrahegemónica post dictadura (Nueva Historia Social) ha enarbolado en sus batallas por las memorias. Como explica Julio Pinto (2016), historiadores marxistas como Luis Vitale (1927-2010), Hernán Ramírez Necochea (1917-1979) y Julio Cesar Jobet (1912-1980), lograron instalar la necesidad de enfocar los estudios históricos en un sector de la sociedad chilena que no era sujeto de relato histórico.

En el caso de la vertiente más academicista, se puede sostener que fue menos militante, pero no por ello menos importante, sobre todo en su labor formadora. Incluso en el caso del análisis historiográfico que realizó Pinto, cita como ejemplo del grupo de historiadores, al propio Mario Góngora, “(...) Álvaro Jara, Rolando Mellafe, Armando de Ramón y Sergio Villalobos...” (Pinto 2016, 52).

Esta historiografía se caracterizó, al igual que los marxistas, por ampliar el estudio histórico de los grandes personajes a una que integró “al conjunto de la sociedad”, asimismo levantaron una agenda de investigación centrada en “[...] lo demográfico, lo geográfico, lo económico y lo social –es decir, aquellos planos en que se desenvuelve la vida del común de las personas” (Pinto 2016, 53).

Esto significa que estas corrientes historiográficas se disputaron la hegemonía por el relato de la nación: un verdadero combate por la historia. Sin embargo, aquel combate tuvo un desenlace trágico el 11 de septiembre, marcando lo que será después, la “Nueva Historia Social”⁵ o el “Taller Nueva Historia” desarrollada por estudiantes de historia de la Universidad Católica, como fue el caso del historiador Mario Garcés e incluso el debate de historiadores durante la detención de Pinochet en Londres en 1998:

Igualmente, fructífera resultó, pese a las dramáticas circunstancias de su origen, la renovación historiográfica experimentada en las filas de la izquierda. Duramente golpeados o restringidos por la represión, los historiadores e historiadoras de esta persuasión que lograron permanecer en el país debieron hacer del cultivo de su profesión una verdadera operación clandestina, a menudo cobijada bajo el alero de organismos eclesiásticos o de las primeras organizaciones no gubernamentales de signo opositor. De esta época data la formación del taller “Nueva Historia”, por intermedio del cual Mario Garcés, Pedro Milos y sus colaboradores, casi todos estudiantes de la Universidad Católica, orientaron su quehacer historiográfico hacia los sindicatos, los grupos juveniles o las entidades poblacionales que intentaban reagruparse luego de la embestida dictatorial, empleando la historia de las luchas populares como fuente de inspiración. (Pinto 2016, 80-81)

En definitiva, la Historia que intentó canonizar la vertiente nacionalista conservadora dictó lo que la memoria debía recordar, durante la postdictadura y como lo plantea Azún Candina (2002), estos recuerdos manipulados se basaron: *a*) en el “clima de violencia” al cual se sometió a Chile por “responsabilidad” o “irresponsabilidad” de la izquierda y de sectores de la Democracia Cristiana; *b*) la

⁵ Desde aquel marco temporal, parecía muy improbable que la historiografía contra hegemónica recuperara al sujeto histórico que la dictadura militar había proscrito: la clase obrera. Es en ese contexto que surge la “Nueva Historia Social” y comienza ampliar la noción de sujeto histórico que los marxistas clásicos habían categorizado: “Así redefinido su sujeto, la nueva historia social procuraba rescatar al conjunto de los sectores populares más que otorgar un privilegio epistemológico al segmento más organizado, politizado o “consciente” que tradicionalmente se identificaba con el proletariado. [...] Se trató igualmente de hacer una historiografía “desde abajo”, donde comparecieran no sólo los líderes o los ideólogos sino el conjunto del espectro popular. Y se reemplazó, finalmente, el interés por las grandes estructuras a favor de una mayor atención hacia la historicidad de los sujetos, o como lo diría María Angélica Illanes en un balance retrospectivo de este nuevo enfoque disciplinario, se antepuso el estudio de las personas al estudio de las cosas” (Pinto 2016, 88)

recuperación de la libertad y la democracia fue “gracias a los militares y sectores civiles que los apoyaron”; tanto este punto como el anterior, forman parte de la “memoria de salvación” que buscó instalar el régimen militar (Stern 2000); c) la dictadura, a través de historiadores como Gonzalo Vial, construyó tanto el discurso legitimador como el deslegitimador de la izquierda, culpándola del quiebre democrático (Moulian 1999). Finalmente, una condición *sine qua non* de la institucionalización del régimen militar, fue la descalificación, el borramiento y la suplantación del antiguo universo político y cultural anterior al 11 de septiembre de 1973.

A partir de la manipulación del pasado, la dictadura y sus sofistas, generaron un encuadre memorial, un sentido común a través del cual responsabilizó a la UP de la dictadura. Discurso con el que estiró su mano al futuro y con el que buscó controlar “[...] el concepto de verdad objetiva, pretendiendo así controlar tanto el pasado como el futuro” (Rousso 2018, 133). El régimen historiográfico oficial presentó a la dictadura como un paréntesis necesario y lamentable, incluso a cincuenta años del Golpe de Estado se insiste en relativizar las violaciones a los DD.HH a la luz del “milagro económico” e institucional del régimen militar, mientras la “Nueva Historia Social”, abocada al estudio de este ciclo histórico, dio cuenta a través de los trabajos de varias organizaciones en dictadura, como fue FLACSO, ECO y SUR, y lo que ha sido su labor académica y formadora desde 1990, que la transformación del modelo político y económico en Chile se dio a través de la fuerza, centrando la mayoría de sus críticas en la ilegitimidad que sustentó el régimen constitucional que nos rige hasta el día de hoy y la violencia y terrorismo de Estado que posibilitó el experimento neoliberal:

Una “sociedad libre” regulada por el mercado, tendría que ser impuesta por la fuerza. Las razones eran muy simples: la sociedad chilena había sido moldeada durante la primera mitad del siglo XX por un Estado fuerte e intervencionista (en realidad, desde sus orígenes como nación independiente). Por 50 años, organizaciones muy influyentes –como los partidos políticos de izquierda y de centro, junto a la Iglesia Católica– promovieron un proceso y un clima político y social marcado por un pronunciado igualitarismo inclinado hacia la “justicia social”, la lucha en contra de la marginalización y el apoyo para la integración nacional. La política democrática que formó parte de la identidad chilena durante el siglo XX, parece haberse construido, esencialmente, sobre la capacidad del Estado para distribuir y mediar entre grupos sociales antagónicos. No debe parecer extraño, en consecuencia, que aquellos que abogaron por una sociedad regulada por el mercado hayan decidido que el único camino para conseguirlo haya sido la fuerza, y durante el período más corto posible. Esta fatídica decisión, junto al lúcido y distintivo proyecto adoptado para llevarlo a cabo, conduce nuestro foco de análisis hacia la élite “revolucionaria” –conformada por el grupo de economistas Chicago Boys– tras esta experiencia”. (Valdés 2020, 18)

De un modo u otro, la propia práctica historiográfica en Chile ha tenido que someterse a balances y tránsitos⁶ inundada por las memorias, ya sean de sus estudios de investigación, como las experiencias concentracionarias, exilio y cesantías que les tocó vivir, y en cada conmemoración o fechas especiales se permite evaluar *cómo*, tanto individual y colectivamente, una sociedad observa su pasado, para discutir sobre el presente y lo que devendrá en el porvenir. Imaginarios políticos clausurados por una generación, están siendo rehabilitados por otra. Monumentos glorificados por una, son desmonumentalizados por otra que accede a la verdad sobre los hechos. Por lo menos así se ha hecho cada diez años⁷, donde aparecen los análisis del golpe militar en Chile, cuyo acontecimiento límite transformó la realidad política y cultural del país trasandino.

“¿Quién tiro la primera piedra?”

¿Quién tiró la primera piedra? Esta pregunta articula persistentemente la discusión pública acerca de los sesenta en el Uruguay. Muchos actores políticos y sociales concuerdan en que dicho período implicó una ruptura en la historia del siglo XX uruguayo y que ambientó las condiciones para el desarrollo autoritario de los setenta. Sin embargo, las razones de dicha ruptura son motivo de un fuerte debate público. En general, las argumentaciones se reducen a lógicas causales y circulares donde el relato presenta la acción de un actor que trajo una respuesta inevitable por parte de su adversario. Detrás de estas explicaciones habita la clásica noción de “guerra justa”, a la que acuden actores de izquierda y de derecha para justificar el recurso a la violencia partiendo de la idea de que el otro fue el que desencadenó el proceso y que la respuesta fue necesaria e inevitable, y justa (Marchesi y Yaffé 2010, 96).

La interrogante la tomamos del trabajo de Aldo Marchesi y Jaime Yaffé (2010), puesto que parece ser la primera pregunta al asumir la disputa memorial e identitaria, con relación al pasado reciente que involucra a las derechas e

⁶ Tomamos la noción de historia en tránsito de Dominick LaCapra: “(...) Las nociones de tránsito y transición no implican un escepticismo relativista ni tampoco una teleología general de la historia o la historiografía, sino más bien la voluntad de repensar objetivos y presupuestos, incluyendo el significado mismo de la temporalidad como rasgo estructural de la historicidad propiamente dicha. Cualquier “defensa” de la historia que niegue o excluya la historicidad, incluyendo la historicidad de la disciplina histórica, equivale a un intento de inmovilizar la disciplina de manera que niegue o margine las fuerzas que componen su estructura internamente disputada y sus posibilidades o metas emergentes; también desnaturaliza defensivamente los encuentros dialógicos con voces y fuerzas que desafían su conformación actual”. (LaCapra 2006, 16)

⁷ Ver: “Memoria a 40 años. Chile 1973. Los meses previos al golpe de Estado” (Milos y otros 2013). “Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet” (Vitale y otros 1999). “Fragiles suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende” (Zapata 2006).

izquierdas parlamentarias. El caso de Uruguay es ilustrativo, ya que nos permite cuestionar aquellos sentidos comunes emanados de los quiebres institucionales. Por ejemplo, responsabilizar a la UP del Golpe de Estado y de la dictadura militar. Lo interesante de analizar los “sentidos comunes” (Portelli 2004, 125) emanados de la dictadura, es tratar de develar la estructura de poder que creó e instaló esos relatos y *por qué* los instaló; a *qué* le temían y *por qué* se obligaron a construir ese tipo de “recuerdos pantalla” (Ricoeur 2010, 571). Ejemplo de esto último, es el discurso que acusa a la UP de ser la causa de la dictadura militar, o el supuesto milagro económico neoliberal.

El caso uruguayo ha estado caracterizado por un relato que culpa a la izquierda unilateralmente de la violencia política, centralizando la responsabilidad en el MLN – Tupamaros del Golpe de Estado de junio de 1973. Sin embargo, como demuestran Marchesi y Yaffé, los debates de esta época bisagra dan cuenta de un contexto y una multiplicidad de actores y factores que se conjugan para relativizar visiones mono causales de este proceso socio-histórico. Ambos historiadores hacen un recorrido por los distintos intentos académicos que estudian en Uruguay y América Latina la “violencia política”, interrogando el contexto de confrontación que llevó a un creciente deterioro de la institucionalidad política uruguaya y fue allanando el camino para la crítica o justificación de la violencia como solución a la supuesta “crisis institucional” del sistema democrático del Uruguay.

Paralelamente, gran parte de las justificaciones de la dictadura uruguaya (1973-1985) giran en torno al creciente clima de inestabilidad y violencia generado por la “izquierda”, obviando, que en muchos casos la violencia no es la causa, sino “un resultado a ser explicado” (Marchesi y Yaffé 2010, 102). Segundo, como lo recalcaron para aquellos años, existe una escasez de investigaciones que indaguen en la responsabilidad de las organizaciones de derecha en los quiebres institucionales – con la excepción de la investigación de Magdalena Broquetas (2014) –, que devela que no solo practicaron la acción directa, sino que también la desestabilización parlamentaria y el terrorismo comunicacional.

El caso chileno no ha estado exento de estas evaluaciones, sin embargo, poco se habla política y públicamente del papel que jugó la derecha, con sus medios de comunicación y los grupos de ultraderecha en la desestabilización del gobierno de Salvador Allende. En los siguientes apartados observaremos algunas apuestas historiográficas y culturales que buscaron impedir que el pasado se petrificara.

Lectura al caso chileno: memorias y sentido histórico

Existen múltiples maneras de manipular y acomodar la historia. Se suelen ocultar o acallar ciertos hechos y magnificar otros. Igualmente, se pueden mistificar

determinadas acciones, focalizar la atención en algunos actores relegando voluntariamente al olvido a otros e introducir cortes de tiempo y periodificaciones hermenéuticas o políticas destinadas a descontextualizar ciertos hechos o procesos. Pinochet y Vial incurrieron –cual más, cual menos– en todos estos vicios, trampas y artimañas. [...] En su versión más docta y académica, la del historiador Gonzalo Vial, la esencia de esta manipulación consiste en reducir el proceso histórico al período corto 1964-1973, a fin de justificar el golpe de Estado. Vial, al igual que Pinochet y todos los que apoyaron el golpe, silencian los procesos históricos estructurales y la acumulación de las responsabilidades de la oligarquía y del imperialismo. (Grez 2001, 210)

Para el caso chileno, el debate sobre quién tiró la primera piedra se tradujo, en primer lugar, en responsabilizar a la UP del Golpe de Estado y la dictadura militar, en segundo lugar, “las planificaciones globales” que llevaron a poner el foco en el Estado y obligar una transformación por la fuerza (Valdés 2020). Este debate, sigue abierto y así lo han demostrado distintos hechos, como fue la detención de Augusto Pinochet en Londres (1998) y su “Carta a los chilenos”, donde volvió a asegurar que la acción de las Fuerzas Armadas salvó a Chile del marxismo-leninismo.

Esto último generó una contestación a través de una publicación, conocida como el “Manifiesto de Historiadores” (Grez y Salazar 1999), que empujó a un grupo importante de académicos (as) a discutir y desarmar “la verdad histórica” que la dictadura y la historiografía nacionalista conservadora chilena buscó infructuosamente instalar. Aquel debate, similar al de los alemanes ocurrido entre 1986 y 1989, representa aquella discusión sobre “aquel pasado que no pasa” (LaCapra 2009) y que caracterizó la “batalla de la memoria” que se abrió durante la postdictadura.

Las causas de la derrota de 1973 aún se siguen discutiendo, al igual que las supuestas verdades del régimen militar. Ricardo Yocelévsky (2002), aborda las distintas discusiones en torno a la crisis política y social que se vivió en 1973:

Una vez producido el desenlace del proceso, los mismos argumentos asumen nuevos significados. Para los que creían en la vía pacífica al socialismo, las causas de su derrota se encuentran en la inmoralidad de sus enemigos, la derecha chilena y el gobierno de los Estados Unidos, y en la acción irresponsable de la ultra – izquierda. Para los que, desde la izquierda criticaban el intento pacífico, la responsabilidad recae en los “reformistas” que condujeron el proceso y llevaron al pueblo a la derrota. Para los enemigos del socialismo, triunfantes ahora, se trata de “probar” la existencia de la conspiración comunista, lo que, de nuevo, deja sin sentido a la discusión anterior y, además, justifica moralmente la acción de todos los que intervinieron en el golpe de Estado. (Yocelévsky 2002, 70-71)

La búsqueda de los “*por qué*” de la derrota, ha sido constante en los debates académicos y políticos, pese a los consensos post-autoritarios de no remover el pasado. Cabe recordar que, en este país trasandino, la “Transición” a la democracia fue “pactada”, lo que hizo difícil poner en cuestión los encuadres memoriales emanados desde la dictadura militar y los sectores civiles afines. Como sugiere Nelly Richard, “el consenso” para el retorno democrático es la principal restricción para acceder no solo a justicia, sino a la memoria y la verdad con respecto a esta temporalidad:

El paradigma de legitimidad política que estableció el consenso para normar la pluralidad heterogénea de lo social disciplinó antagonismos y confrontaciones, fijando reglas destinadas a proteger el acuerdo macro-institucional. El consenso oficial de la transición, al excluir del protocolo nacional de su firma la memoria de las disputas cuyas razones y pasiones habían luchado internamente en torno a qué entender por “transición a la democracia”, se olvidó de que toda objetividad social que se cree neutral es una objetividad amenazada porque “presupone necesariamente la represión de aquello que su instauración excluye”. La discursividad oficial de la transición marginó de su trazado aquellas fuerzas negativas de lo excluido para que su vitalidad polémica, controversial, no inquietara los límites de normalización de la política. La transición chilena suprimió de su repertorio de significados convenidos el recuerdo inconveniente de lo que precedía y excedía el consenso político-institucional para no entorpecer la regulación de los vínculos prediseñados entre memoria, violencia y democracia. (Richard 2017, 15)

Fueron los sectores nacionalistas conservadores los que desde 1964 impulsaron el discurso que representó a Salvador Allende y al conglomerado de izquierda como una “conspiración comunista”, creando la llamada “amenaza roja” que hizo parte de la “campana del terror” durante las elecciones de presidente en 1964 (Casals 2016). Asimismo, la imagen “restauradora” que intentó proyectar la derecha en Chile, fue solo una máscara para sus verdaderas intenciones insurreccionales y re-fundacionales. En ningún momento pretendió volver a la institucionalidad anterior a 1964: “[...] En este sentido, los principales engañados fueron los demócratacristianos que apoyaron el golpe creyendo que la “restauración” los llevaría a ellos de vuelta al poder. En cambio, tuvieron que esperar 16 años y medio” (Yocelvezky 2002, 90).

El propio Pinochet en 1977 argumentó por qué no les entregó el poder a los demócratas cristianos, ya que el artificio cultural elaborado por el régimen responsabilizó a la DC de la llegada de Allende al gobierno para “instalar una dictadura marxista”:

[...] Mire, nunca me gusta hablar de los partidos políticos, pero usted me hace una pregunta que tengo que contestarla, porque hay una imagen equivocada al respecto. La Democracia Cristiana creyó que la revolución del 11 de septiembre se había efectuado para ellos. Es decir, que se paraba el proceso [Gobierno de Allende], se limpiaba la casa y se le entregaba a la Democracia Cristiana el Gobierno. Olvidándose que el marxismo leninismo llegó al poder por ellos ¡ellos son los únicos culpables! ¡Porque podrían haberlos detenido en el Senado! Como una vez me pregunto un Senador a mí, “señor –me dijo- ¿ustedes que van hacer?”, “¡Lo que haga el Senado señor!”, sí, el Senado está dispuesto a detener al señor Allende, el Ejército o las Fuerzas Armadas le van a decir: conforme, porque eso lo dice la Constitución.

Ellos, sin embargo, tenían un acuerdo con el señor Allende, ellos lo llevaron al poder y allá firmaron una serie de documentos, entre ellos materias referidas a la Constitución, que no respeto en ningún momento el señor Allende y ellos lo sabían. (...) no había intención del Gobierno Militar de entregarle el poder a la Democracia Cristiana, porque sería volver a lo mismo, retroceder a lo mismo y entregarnos nuevamente a una dictadura del proletariado como se iba en camino con el señor Allende. Por eso el ¡No!, bien claro a la Democracia Cristiana ¡no van a tener el poder!, ¡a pesar de la campaña que llevan, porque no han tenido ni siquiera el valor patriótico de mantener las cosas dentro del país, sino que van afuera a pedir plata! No quiero decir más, porque no me gusta hablar de los Partidos Políticos (Gazut y Smadja 1976)⁸.

Ahora bien, sean cuales sean las especificidades del caso de Chile, sectores obreros, pobladores y campesinos fueron fuertemente castigados durante la dictadura, por su militancia de izquierda o por el solo hecho de haber representado el imaginario cultural sobre el que se sustentó el proyecto político de la izquierda durante la UP. En las casi dos décadas que duró el régimen militar, estos sectores vivieron un proceso de persecución, exterminio y criminalización; fueron proscritos los partidos y organizaciones sindicales y barriales, intervenidas militarmente, al igual que los medios de comunicación, donde operó todo un aparato represivo y comunicacional en pos de desarticular cualquier forma de organización e identidad obrera mancomunada con la izquierda.

De ahí que la “Nueva Historia Social” se abocara a realizar trabajos de memoria, Derechos Humanos, Sociales, Económicos y Culturales, puesto que la temporalidad y la geografía abierta por la Dictadura que lideró Augusto Pinochet, aún extiende su duración y repercusiones en estas materias. Por lo mismo, si se emplea de este modo la historiografía, adquiere la noble tarea de resarcir la memoria e historia herida del pueblo chileno, ello supone, al menos, un trabajo

⁸ "Chili: ordre, travail, obéissance": Documental de la televisión suiza sobre los primeros años de la Dictadura, rodado (en colores) en 1976 por un equipo encabezado por el director André Gazut y el periodista Claude Smadja: <https://archive.org/details/vimeo-40748738>.

mancomunado con los Estudios de Memoria. De ese modo, abre tangencialmente otra vía historiográfica caracterizada por Julio Pinto (2016) como “La batalla de la memoria en Chile”, donde la historiadora María Angélica Illanes y otros historiadores/as con “sensibilidad crítica”, como Gabriel Salazar, Sergio Grez, Verónica Valdivia, Tomas Moulian y el propio Julio Pinto, han adquirido un rol protagonista:

Desde una perspectiva historiográfica, podríamos decir que desde hace algún tiempo se ha desencadenado en Chile lo que podríamos llamar la batalla de la memoria. Batalla cultural que sigue a la omnipotencia de la represión; una batalla necesaria, cuya dialéctica confrontacional tiene el poder de romper la parálisis traumática provocada por la acción de las armas, posibilitando la restitución del habla de los ciudadanos, re-escribiendo su texto oprimido, especialmente cuando estas armas han violado brutalmente su cuerpo. Vivimos este interesante momento histórico cuando las distintas lenguas buscan ser restituidas a las corrientes del texto cultural histórico de la sociedad, condición y medición de la libertad recobrada. (Pinto 2016, 93-94)

Esta batalla, de tanto en tanto –ya acumula varios enfrentamientos y debates públicos– se alza movilizandando las figuras negadas por la Historia Oficial. No obstante, vemos como los residuos de esas memorias se entretajan negando el presente político: la crisis a la que nos llevó el modelo heredado de la dictadura militar. Como planteó María Angélica Illanes comenzando el Siglo XXI: “[...] “La batalla de Chile” alcanza hoy un momento culminante: cuando la memoria se apropia de la historia y la historia se hace memoria” (Illanes 2003, 453).

Cine documental de postdictadura y comunidad política: justificación, demonización y desmontaje. La posibilidad del documental

Por otra parte, el cine documental de postdictadura ha producido una serie de representaciones del pasado reciente que ha conformado un escenario de disputas de imaginarios y memorias de la sociedad chilena (Villarroel 2016; Horta 2013). Estos han dado una lectura de la comunidad política, produciendo desde una forma estética y política, relatos e imágenes de la historia reciente del país. En un contexto más amplio, desde el ámbito cinematográfico latinoamericano y debido a un pasado reciente que ha devenido de la experiencia dictatorial, el documental ha sido entendido como un producto cultural que ha representado el conflicto de la comunidad.

En ese sentido, según Elizabeth Ramírez (2016), el cine documental de postdictadura en Chile se puede definir por los cambios en sus formas de representación y la tensión estética y política que ha ido apareciendo en el campo

del cine. Para la autora, en un primer momento, este mostraría el *cuerpo de los afectados* (1990-2003), y en un segundo período, *el cuerpo del cine* (2003-hasta el presente). El primero de estos, se basaría en un conjunto de documentales que se dedicó a hacer aparecer a las víctimas de la dictadura y la represión política en búsqueda de dar imagen a lo inenarrable, mientras que, el segundo, tensiona sus propias formas de representación estéticas, dándole forma creativa y artística a la atrocidad y barbarie. Si bien el cuerpo del cine refuerza la textura de la imagen o lo que llama “la piel del cine”, la primera enfatiza la representación de los cuerpos en formas literales, de los detenidos desaparecidos y de los familiares (Ramírez, 40-41).

Según Ramírez (2016, 264-265), la diferencia entre ambas formas son las siguientes:

Cuerpo de los afectados (1990-2003)	Cuerpo del cine (2003- la actualidad)
<ul style="list-style-type: none"> • Buscan Revelar la verdad de lo que pasó • Se enfocan en los directamente afectados. Adopta una mirada restrictiva sobre las víctimas de la violencia política de Estado, enfocándose en un primer momento en los desaparecidos, sus familiares (especialmente mujeres) y, posteriormente, en los sobrevivientes de la tortura • Utilizan extensivamente el testimonio en la pantalla (lo que se llama cabezas parlantes) y otras estrategias realistas • Evitan el uso de la narración en primera persona para enfatizar el sentido de objetividad • Circulan imágenes de la atrocidad que puede choquear (to shock) a la audiencia. 	<ul style="list-style-type: none"> • Revela la materialidad de la imagen más que una determinada verdad • Introduce voces que van más allá de las víctimas directas, incluyendo generaciones más jóvenes que no vivieron la Unidad Popular o el golpe, e incluso, sumando voces perturbadoras (desde partidarios hasta colaboradores de Pinochet) • Favorecer otras estrategias creativas, yendo más allá de los testimonios pantalla, incluyendo estrategias no representacionales • Incluye narraciones en primera persona y/o enfatiza una mirada subjetiva • Abstenerse a exhibir imágenes de la atrocidad, con el objeto de generar reacciones más afectivas y sensoriales en la audiencia.

De este modo, es posible afirmar que ambas modalidades expresan formas de representación, donde los realizadores han construido un *corpus* donde se elabora un tratamiento de las memorias y se producen imaginarios de las transformaciones de la sociedad chilena en el contexto de postdictadura (Ramírez 2016; Villarroel 2016; Traverso y Crowder-Traborelli 2015; Ossa 2013). Si bien en la segunda forma predomina una discusión filosófica-estética sobre el diseño y modalidad de su artísticidad y de los efectos sensibles, desde una discusión más

extendida sobre lo político, la aparición de las imágenes de la “comunidad de vencidos” implica un acto del lenguaje que permite su comunicación en el ámbito de lo público y las memorias colectivas que transmiten los sentidos de la historia (Horvitz 2014).

Una característica fundamental del documental de postdictadura en Chile ha sido la de mostrar una forma de narrativa e imágenes que la televisión no difunde, debido principalmente al poder ideológico que opera en este último medio. Asimismo, los realizadores, a pesar de la precariedad de sus recursos, han extendido el campo de lo posible y de lo visible, principalmente usado como material pedagógico y como acto cultural en diferentes espacios de visualización (González 2017).

A pesar de su versatilidad estética, muchos de los documentales producidos que han mostrado a las víctimas de la dictadura, las memorias de los familiares de los detenidos desaparecidos y el uso de los testimonios, han permitido observar cómo se desarticulan los discursos operantes de la violencia, sobre todo de aquellos que experimentaron su demonización y re-victimización. En sus trabajos, los realizadores no sólo buscaron develar la verdad de lo oculto y los montajes de los discursos dictatoriales, sino que, a la vez, dotar de humanidad a quienes fueron deshumanizados por la maquinaria comunicacional que acompañó el terrorismo de Estado.

Un documental que muestra esta estrategia es el *Diario de Agustín* (2008) de Ignacio Agüero y Fernando Villagrán. Este filme expone la experiencia del diario El Mercurio, propiedad de la familia Edwards, cuyo diario de circulación nacional tiene una larga tradición en representar los intereses de la oligarquía y clase dominante chilena. A través de una serie de capítulos, los realizadores abordan el trabajo de tesis de estudiantes de periodismo de la Universidad de Chile que se preguntaron sobre el rol que este medio de comunicación tuvo en la historia reciente del país. Cabe recordar que fue Agustín Edwards Eastman (1927-2017) el que rogó a Richard Nixon y Henry Kissinger la intervención norteamericana para que Allende no llegara a la presidencia, además, a través de sus periódicos, emana el discurso de justificación del Golpe de Estado, su apoyo al régimen de la dictadura y los montajes en casos de violaciones a los derechos humanos. En este documental, se muestra la línea editorial del diario cuyo entramado discursivo pliega la justificación de la dictadura, su anticomunismo y la relativización en materia de violaciones a los derechos humanos durante el período 1973-1990.

El documental comienza con el discurso anticomunista tradicional del diario. Las imágenes del conflicto de la Reforma Universitaria (1967) y la frase insigne en la Universidad Católica de “EL MERCURIO MIENTE”, así como, las acciones de su propietario Agustín Edwards Eastman solicitando financiamiento a la CIA para el derrocamiento del Gobierno de la UP. Todas estas constituyen

escenas que refuerzan la relación de poder en la sociedad chilena y la actuación histórica que el propietario de este medio de comunicación tuvo.

El documental expone una serie de montajes que realizó El Mercurio, donde se mostrará la demonización de los militantes de la izquierda. Uno de estos hechos es la Lista de los 119, el cual constituye un caso paradigmático del montaje de comunicación efectuado por la dictadura. El artilugio consistió en crear un enunciado que desprestigiara a los militantes de izquierda, deshumanizándolos e ir dotándoles de un significado basado en la traición entre ellos mismo. Dicha operación comunicacional consistió en replicar una información que había aparecido en los periódicos LEA de Argentina y NOVO DIA, de Brasil, en el que se anunció el enfrentamiento entre los mismos militantes de izquierda difundándose la lista de los muertos. Por medio del efecto rebote, los diarios locales habrían emitido aquella noticia con una portada cuya violencia expresa el desprestigio: “Exterminados como Ratonés”⁹, como fue publicado en el periódico La Segunda, también de propiedad de Agustín Edwards. Los periódicos extranjeros sólo tuvieron un número de circulación por lo que se hace evidente el montaje.

Mostrar el procedimiento del diario y que, en las escenas siguientes del documental, aparezcan los testimonios de familiares de las víctimas que fueron asesinadas por la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), es un acto de desarticulación del discurso de demonización y deshumanización que los realizadores produjeron para mostrar las otras voces, imágenes y afectos de los afectados. Dicho contraste muestra el posicionamiento ético del equipo de trabajo con el fin de cuestionar las prácticas del medio de comunicación dominante en la sociedad chilena.

Otro documental reciente es *¡Maten a Altamirano!* (2023), realizado por su hijo Juan Altamirano, quien, desde una enunciación discursiva basada en la autobiografía, aborda la vida de Carlos Altamirano, líder del Partido Socialista de Chile y quien ha sido responsabilizado como uno de los dirigentes que causó el Golpe de Estado debido a su discurso revolucionario. El filme empieza con la demonización y criminalidad del dirigente socialista que, una vez perpetrado el acontecimiento histórico de facto, fue el sujeto más buscado por los aparatos de inteligencia de la dictadura. La imagen en la portada de El Mercurio, de los hombres más buscados del país, lo dotaron de un efecto de criminalidad que implicó la experiencia clandestina, el exilio y el retorno al país una vez finalizada la dictadura.

El acto de su director es mostrar la humanidad de Carlos Altamirano (1922-2019), lo humaniza, en tanto sujeto autodefinido por sus circunstancias históricas.

⁹ La portada de este periódico es parte de la muestra permanente del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, cuya exposición narra los montajes en la prensa del periodo.

En este sentido, el filme es construido con imágenes del archivo familiar, pero también con el uso de material de televisión. El dirigente socialista toma cuerpo en el documental como un sobreviviente en el contexto de su longevidad, transmitiéndose la memoria a sus nietos. Es un documental que muestra los afectos familiares de una vida fracturada por los procesos políticos locales y mundiales del siglo XX y que indudablemente, repercutieron en el realizador como hijo del exilio.

En el debate reciente de los 50 años, Carlos Altamirano aún se le observa como uno de los principales causantes del golpe debido a la representación que se le atribuyó por la frase “¡Avanzar sin tranzar!”, o del camino al socialismo por la vía revolucionaria. Cuestión que en el contexto actual y con la reemergencia de la derecha chilena, se usa de justificación del Golpe de Estado, ya que atribuyen que la extrema derecha surgió y actuó por la existencia de una extrema izquierda. Es decir, una justificación que se da por responsabilidad de un otro y no como algo planificado con anterioridad como ha sido lo expuesto con la develación de los Archivos Norteamericanos, donde se muestra la acción de la CIA y el Gobierno de Estados Unidos desde 1963¹⁰.

Ambos documentales nos permiten ver cómo se construyeron los discursos demonizadores de la izquierda chilena como causante del Golpe de Estado, así como su persecución y exterminio. No obstante, las estrategias de los realizadores implicaron desmontar el relato que deshumaniza a los militantes y víctimas de violaciones de los derechos humanos.

Ideas finales: La causa es posterior al efecto

Pensar que la causa es posterior al efecto resulta una idea operativa, pues, en cierta medida, el enfoque de Portelli (2004) e incluso el de LaCapra (2009), desde la perspectiva de los Estudios de las Memorias, apuntan a cómo el *después* intenta controlar el *antes*. Por decirlo en otras palabras, las interpretaciones disímiles son necesarias, pero diferente es cuando una se impone a través del Terrorismo de Estado y la destrucción de huellas, que relativiza y tergiversa las demás versiones con fines utilitarios e ideológicos.

Estas asociaciones, generalizan la “idea” de que este período se abrió con la UP (1970-73) y se cerró con la dictadura (1973-1990). Primero, haciendo parecer el período como un “paréntesis” (Franco 2012), cuando la unidad de sentido da cuenta que la dictadura, aún dura (un pasado presente). Además, siguiendo al

¹⁰ A 50 años del Golpe de Estado, diferentes canales, como VIA X, Chilevisión emitieron reportajes en el que se develan las acciones del gobierno de los Estados Unidos y de la CIA para evitar que Allende asumiera el poder del gobierno en septiembre de 1970. (Ver Kornbluh 2023). <https://www.youtube.com/watch?v=8X54DkWzJTM&t=399s>.

mismo Portelli, pareciera que nada ocurrió “antes y después” de esta secuencia temporal. Segundo, se ha relativizado la “sugestión” que ha producido el relato nacionalista conservador, que cuenta con el apoyo y lealtad de los medios hegemónicos, de ahí su “fuerza de penetración” (Portelli 2004, 14-15).

Pues bien, si decimos que la causa es posterior al efecto, es una invitación a perseguir esta historia hasta el final de su ciclo. Puesto que, decir que la UP es causa de la dictadura, es casi afirmar (salvando las distancias) que el nazismo es consecuencia del comunismo (Nolte 2001) y des-responsabiliza la actuación y evaluación política de las posiciones nacionalistas-conservadoras, que caracterizó la historia del sector que se opuso al gobierno de la UP.

Entonces, a 50 años del Golpe de Estado, tenemos que dirigir nuestras interrogantes no sólo hacia los hechos y cómo sucedieron, sino que a su vez interrogar “[...] sobre cómo y por qué este sentido común se ha construido, sobre su significado y sobre su utilidad” (Portelli 2004, 206). El Golpe de Estado llegó a ser un hecho histórico por la propia energía que liberó. En cambio, la UP, se convirtió en una unidad de sentido histórico reprimido al ser significado como la causa exclusiva de la dictadura, por ello, pasó a ser otro enemigo histórico que necesariamente se tiene que superar. De ahí que las propuestas del documental de posdictadura en Chile permita conocer una contrahistoria de aquella demonización.

Por lo tanto, cualquier vestigio material que sea testimonio de la UP, que muestre una experiencia política alejada de los tanques soviéticos y otras caricaturas que construyeron los sectores nacionalistas conservadores, es negada, borrada o anestesiada para que concuerde con el relato hegemónico. Sin embargo, ¿hasta cuándo podrán seguir encubriendo o bloqueando el acceso a la verdad, a la justicia y, por supuesto, a la no repetición? A 50 años del golpe, la historia de la UP y la dictadura inundan a la sociedad chilena, mostrando que hay historias que no han terminado y que el 11 de septiembre sigue siendo un día interminable. No obstante, un asunto importante es que estos relatos continúan en disputa, más aún cuando ha habido una reemergencia de las derechas no sólo en Chile, sino en América Latina.

Bibliografía

- Broquetas, Magdalena. 2014. *La trama autoritaria: derechas y violencia en el Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Candina Polomer, Azun. 2002. “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999).” En *Las conmemoraciones: Las*

- disputas en las fechas «in-felices»*, coordinado por Elizabeth Jelin, 9-48. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Casals, Marcelo. 2016. *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la "campaña del terror" de 1964*. Santiago: LOM
- Casals, Marcelo, y Gorka Villar. 2022. "Justificando el golpe chileno. Las operaciones del pasado en los escritos políticos e historiográficos de Gonzalo Vial." *Contenciosa* 10, nº 12: 1-16. DOI:10.14409/rc.10.12.e0017
- Errázuriz, Luis, y Gonzalo Leiva. 2011. *El Golpe Estético, Dictadura Militar en Chile, 1973-1989*. Santiago: Editorial Ocho Libros.
- Franco, Marina. 2012. *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Buenos Aires: FCE
- Franco, Marina, y Florencia Levín. 2007. "El pasado cercano en clave historiográfica". En *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, coordinado por Marina Franco y Florencia Levín, 32-65. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Grez, Sergio. 2001. "Historiografía y Memoria en Chile. Algunas consideraciones a partir del Manifiesto de Historiadores". En *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*, coordinado por Bruno Groppo y Patricia Flier, 209-220. La Plata: Ediciones Al Margen.
- González Rodríguez, Miguel Felipe. 2017. *Testimonio, subjetividad y memoria colectiva en el cine documental de posdictadura: Chile y Argentina (1984-2010)*. Tesis para optar al título de magíster en estudios latinoamericanos. Universidad de Chile, 2017.
- Harvey, David. 2005. *Breve historia del neoliberalismo*. España: AKAL
- Horta, L. 2013. *¿Por qué filmamos lo que filmamos? Diálogos en torno al cine chileno 1990-2010*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Horvitz, María Eugenia. 2014. "Anversos y reversos de los usos del olvido". En *Los usos del olvido*, coordinado por Patricia Flier y Daniel Lvovich, 97-121. Rosario: Prohistoria ediciones.
- Illanes, María Angélica. 2003. "memorias de los aparecidos. Allende con Mar (...) Pinochet con (...) arx. Chile, 2003-1973." En *Frágiles Suturas. Chile a treinta años del Gobierno de Salvador Allende*, coordinado por Francisco Zapata. México: Colegio de México y FCE
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas «In-felices»*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- . *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Kornbluh, Peter. 2023. *Pinochet desclasificado. Los archivos secretos de Estados Unidos sobre Chile*. Santiago: Catalonia.
- LaCapra, Dominick. 2006. *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Marchesi, Aldo, y Jaime. Yaffé. 2010. "La violencia bajo la lupa: una revisión de la literatura. Sobre violencia y política en los sesenta". *Revista Uruguaya de ciencia política* 19 (2010): 95-118.
- Moraga, Fabio. 1999. "Responsabilidades históricas". En *Manifiesto de Historiadores*, coordinado por Sergio Grez y Gabriel Salazar, 77-87. Santiago: LOM.
- Moulian, Luis. 1999. "Balance Historiográfico. Sobre los últimos 30 años de la historia de Chile". En *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*, coordinado por Luis Vitale, y otros, 43-110. Santiago: Ediciones ChileAmérica-CESOC.
- Moulian, Tomás, y Isabel Torres. 2011. *Discusiones entre honorables. Triunfos, fracasos y alianzas electorales de la Derecha en Chile, 1938-2010*. Santiago de Chile: Editorial Arcis.
- Moulian, Tomas. 1997. *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, ARCIS.
- Nolte, Ernest. 2011. *La guerra civil Europea 1917-1945. Nacionalsocialismo y Bolchevismo*. México: FCE.
- Ossa, C. 2013. *El ojo mecánico. Cine político y comunidad en América Latina*. . Santiago: FCE.
- Pinto, Julio. 2016. *La historiografía chilena durante el Siglo XX. Cien años de propuestas y combates*. Valparaíso: Editorial América en movimiento.
- Portelli, Alessandro. 2004. *La orden ya fue Ejecutada. Roma, las fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: FCE.
- Ramírez, E. 2016. "De restos a imágenes hápticas: un itinerario del documental chileno de postdictadura". En *Memorias y representaciones en el cine chileno y latinoamericano.*, coordinado por Mónica Villarroel, 39-49. Santiago: LOM.
- Ricoeur, Paul. 2010. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: FCE.
- Rousso, Henry. 2018. *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo*. Santiago: Universitaria - DIBAM.
- Sánchez González, E. G. (2020). "La desobediencia civil de las memorias ¿Debe ser conservado el Centro Cultural Gabriela Mistral callejero del Estallido Social? Santiago de Chile, del 18 de octubre 2019 al 09 de marzo 2020". *Aletheia*, 10(20), e048. <https://doi.org/10.24215/18533701e048>
- Stern, Steve. 2000. "De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)". En *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX.*, coordinado por M. Garcés, P. Milos, M. Olgún, J. Pinto, M. Rojas y M. Urrutia. Santiago: LOM Ediciones.
- Traverso, Antonio y Tomás Crowder-Taraborelli. 2015. *El documental político en Argentina, Chile y Uruguay: de los años cincuenta a la década del dos mil*. Santiago: LOM.

- Traverso, Enzo. 2012. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del Siglo XX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Valdés, Juan Gabriel. 2020. *Los economistas de Pinochet. La Escuela de Chicago en Chile*. Santiago: FCE
- Vial, Gonzalo. 1986. "Alrededor de los sucesos de 1973". *Dimensión Histórica de Chile*, 1986: 241-257. Santiago de Chile: Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.
- . 2005. *Salvador Allende: el fracazo de una ilusión*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario
- Villarroel, Mónica. 2016. *Memorias y representaciones en el cine chileno y latinoamericano*. Santiago: LOM
- Vitale, Luis, y otros. 1999. *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*. Santiago: Ediciones ChileAmérica.
- Yerushalmi, Yosef. 1993. *Los usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Yochelevzky, Ricardo. 2002. *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*. Santiago: FCE.
- Zapata, Francisco. 2006. *Frágiles suturas. Chile a treinta años del gobierno de. Salvador Allende*. México DF: El Colegio de México- FCE

Documentales

- André Gazut y Claude Smadja. 1976. Documental «Chili: ordre, travail, obéissance». Suiza. <https://archive.org/details/vimeo-40748738>
- Ignacio Agüero. 2008. Documental «El Diario de Agustín». Santiago de Chile. https://www.youtube.com/watch?v=6Hs60_o_Yv0
- Juan Carlos Altamirano. 2023. Documental «Maten a Altamirano». Santiago de Chile. Revisar la aplicación ONDAMEDIA para visualizar gratuitamente: <https://ondamedia.cl/show/maten-a-altamirano>

Elías Gabriel Sánchez González

Es Licenciado en Historia Mención Estudios Culturales (UAHC-Chile). Magíster en Historia y Memoria (FaHCE - UNLP, Argentina). Estudios de doctorado en Historia (UNLP, Argentina). Integrante del Programa Interinstitucional de Estudios sobre Memorias, Migraciones, Exilios y Refugios del FaHCE de la UNLP. Colaborador e investigador del Centro de Documentación y Archivo de la Comisión Chilena de Derechos Humanos. Autor de "Santiago, dos ciudades: la revuelta de octubre del 2019 en Chile" (A89, 2020) y "Centro Cultural Gabriela Mistral. Memorias & Olvido" (A89, 2023).

Contacto: elias.sanchez27@gmail.com

Miguel Felipe González Rodríguez es Licenciado en Historia Mención Estudios Culturales (UAHC, Chile). Magíster en Estudios Latinoamericanos (Universidad de Chile). Estudios de doctorado en Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Contacto: mgonzalezro.fe@gmail.com

Recibido: 31/08/2023

Aceptado: 21/11/2023